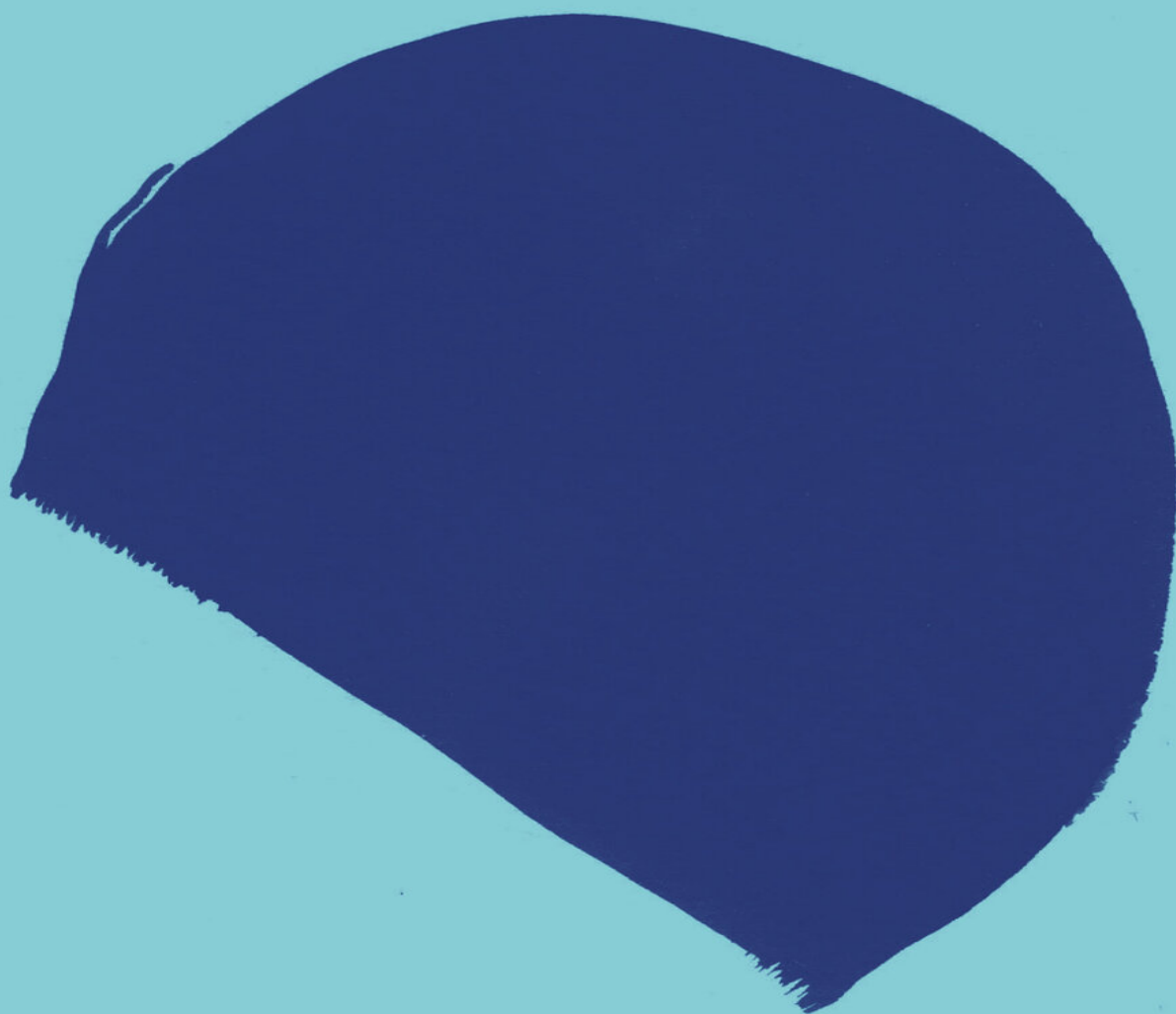


LEANNE SHAPTON



BOCETOS de NATACIÓN

blatt & ríos

BOCETOS de NATACIÓN

LEANNE SHAPTON

Traducción de Laura Wittner

blatt & rios

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Agua
Abandonar
Byron
Bocetos
Finales
Dónuts
Sudaderas
Ropa limpia
Catorce olores
Crown Assets
Otros nadadores
Studebakers
Etobicoke
Derek
La cocina de noche
Campamento de entrenamiento
Tallas
Saint Barth
Piscine Olympique
Entrenadores
Práctica
Mamá

Titanic
Gafas de natación
Piña colada
Tiburón
Vals
Bañarse
Piscinas
Segunda fase
Agradecimientos
Sobre la autora
Créditos

A mamá, a papá y a Derek

AGUA

El agua es elemental, es lo que nos conforma. No podemos vivir en ella ni sin ella. Tratar de explicar lo que significa para mí la natación es como mirar un caracol sumergido en agua quieta y transparente. Ahí está, bien delineado, pero cuando meto la mano y quiebro la superficie las ondas lo refractan. Se vuelve cinco caracoles, veinticinco; algunos más pequeños, algunos más grandes. Tanteo a ciegas y busco eso que vi con claridad antes de tratar de agarrarlo.

ABANDONAR

Supongamos que estoy nadando con otras personas, en el mar, un lago, una piscina, y una de ellas sabe que fui nadadora y comenta: “Leanne es nadadora olímpica”. Yo aclaro: “No, no, sólo llegué a las clasificatorias nacionales, no fui a los Juegos Olímpicos”. Pero el alarde ya subió a la superficie, como un globo: a algunos les divierte, les da curiosidad; a mí me hace sentir expuesta y me produce nostalgia.

Si me insisten, en general basta con decir que fui a las clasificatorias de Canadá en 1988 y 1992. Que alguna vez, brevemente, quedé octava a nivel nacional. Explico que para ir a los Juegos Olímpicos hay que lograr el primer o el segundo puesto en las clasificatorias. Y ahí termina la conversación. Después de nadar un rato vamos hacia la orilla o nos subimos al bote o al muelle, y pasamos a hablar de comida o a contarnos algún chisme.

No tengo recuerdos vívidos de las clasificatorias nacionales ni de cuando ganaba medallas; casi no recuerdo la primera vez que lo dejé, en 1989, ni cómo se lo dije a Mitch, mi entrenador. Seguramente habrá sido después de un entrenamiento nocturno. Junto a la piscina, cuando los demás habían ido a cambiarse. Habré estado ahí de pie en bañador, con la mochila y la toalla. Él me habrá preguntado “¿Qué pasa?”. Y entonces se lo debo haber dicho. Que mi familia se mudaba al campo, que no quería quedarme a vivir con otra familia para poder seguir entrenando... así que había decidido abandonar la natación.

Tal vez se lo dije mientras me ponía hielo en las rodillas. Los que nadan crol, mariposa o espalda suelen tener

problemas de hombro, pero la mayoría de los que nadan braza tienen problemas de rodilla, y se les aconseja ponerse hielo con regularidad y tomar una aspirina diaria. Después de entrenar o de competir, me sentaba en las gradas con un vaso de telgopor lleno de agua congelada y hacía girar el hielo contra la parte interna de mis rodillas hasta que se ponían de un rosa intenso y perdían sensibilidad. Recortaba el vaso desde los bordes para que no chirriara contra la piel adormecida. El hielo se volvía resbaladizo, afinándose a medida que se derretía.

Pero no me acuerdo de cuando le hablé. Sí recuerdo haber hablado con Dawn, su asistente, a la mañana siguiente. Mitch no estaba. Nos sentamos en unas sillas plegables al borde de la piscina, mirando al equipo que entrenaba. Dawn me dijo que Mitch se había enfadado. Me preguntó qué pensaba hacer. Creo que le dije que iba a estudiar piano y arte, aunque sabía que no lo entendería. Que incluso tal vez yo no lo entendía. Recuerdo haber mirado a los nadadores, que empezaban con la serie más fuerte, y haber pensado: crucé la línea. Ya no tengo que hacerlo nunca más. Recuerdo estar ahí sentada y aliviada.

Una vez Mitch me dijo: “Vas a ser excelente”. Después Dawn me dijo: “Mitch no quiere hablarte”.

Los nadadores ponemos al entrenador por encima de todo. Lo admiramos, somos vulnerables, estamos desnudos y mojados frente a él. El entrenador nos ve débiles, nos debilita, cuenta con nuestra confianza, hacemos lo que nos dice. Es una relación como de guardián, padre, madre, jefe, mentor, carcelero, médico, psicólogo y maestro. Mitch me rompió el corazón.

Mi abuelo fue piloto de un bombardero en la Segunda Guerra Mundial. Aunque vivió hasta los ochenta y pico, en mi mente quedó congelado como el joven de la foto, con uniforme de vuelo y gafas de aviador, sonriendo junto a un

B-25 Mitchell. La imagen que me viene a la mente cuando pienso en mi madre es una instantánea sacada alrededor de 1983; sentada en su cama, sonriente, todavía con la ropa del trabajo: camisa de seda, pantalones, un collar largo. Si pienso en mi padre lo veo en el comedor, cantando “The Gambler” de Kenny Rogers y aplaudiendo. La imagen por defecto que tengo de mí misma es una foto: yo a los diez, de pie junto a la escalera de la piscina en la escuela Cawthra Park, con traje de baño azul, las rodillas apretadas, tratando de recuperar el aliento.

Me autodefiní, en privado y en abstracto, por mis breves e intensos diez años como atleta, como nadadora. Entrenaba cinco o seis horas al día, seis días a la semana, y en el medio comía y dormía todo lo que podía. Los fines de semana los pasaba entrenando o compitiendo. No era la mejor; era relativamente rápida. Entrenaba, comía, viajaba y me duchaba con los mejores del país, pero no era la mejor; era bastante buena.

Me gustaba lo dura que era la natación a ese nivel: saber que podía hacer algo difícil e inusual. Que mi disciplina fuera reconocida, respetada; que tal vez no encajara en los grupos ni dijera las cosas correctas pero había algo que sí hacía bien. Quería creer que tenía talento; ser rápida era una prueba de mi talento. Aunque me encantaba competir, no me motivaba la idea de ser la más veloz, de ser la número uno, de los Juegos Olímpicos.

Todavía sueño con el entrenamiento, con las carreras, los entrenadores y las competidoras desdibujadas. Me atraen las piscinas, todas, no importa lo pequeñas que sean o lo sucias que estén. Ahora, cuando nado, entro al agua como si tocara distraídamente una cicatriz. Mi nado recreativo es un fantasma de mi nado competitivo.

BYRON

Le escribo a uno de mis viejos entrenadores, Byron MacDonald, y le pregunto si puedo ir a ver un entrenamiento matutino en la piscina de la Universidad de Toronto. Cuando llego, Byron y su asistente, Linda, están de pie junto al bordillo en la parte honda, cada cual con una fotocopia de la rutina. Están tal cual los recordaba. Byron sigue caminando con ese pavoneo contenido estilo Roy Scheider. Linda sigue pasando rápidamente de la cara de póker a la risa.

También la piscina está igual. Tiene una paleta rara para una piscina de competición: naranja, marrón y beige con estallidos de azul en los banderines, los bordes y las siete letras de TORONTO distribuidas equitativamente entre los ocho carriles. Cuando nadaba con Byron solía preguntarme cómo sería la vida desde el bordillo, estar ahí arriba seco y sin frío, en pantalones cortos y zapatillas. Siempre había pensado en el tedio que debían sentir los entrenadores mientras nosotros, en el agua, hacíamos esos miles de metros de calentamiento, series principales y vuelta a la calma. En un entrenamiento el tiempo pasa con precisión; cada minuto -cada segundo- se siente y se reconoce. En otras palabras, el tiempo pasa despacio.

Me sorprende, entonces, descubrir que desde afuera el tiempo pasa rápido.

Los primeros cuarenta minutos ni miro el reloj. Ver a los nadadores cruzando el agua me pone en un estado de concentración hipnótica. A mi lado, Byron me cuenta la trayectoria de algunos de ellos: una es la esperanza del equipo para la selección olímpica de Canadá; otra está en

tratamiento por un trastorno alimenticio; un chico que también mira el entrenamiento está con un pie fracturado. Entre dos series Byron anuncia mi presencia, explicando que “Leanne nadaba con nosotros hace un par de años”. Hago un rápido cálculo mental. Ese mes se cumplen exactamente veinte.

Byron reemplazó los cronómetros analógicos, con sus cuatro agujas de colores, por unos digitales que pone en las esquinas de la piscina. Cámaras de vigilancia temporal. Sigue diciendo cosas como “Vamos arriba” o “Todos los que estén en el agua van arriba” en referencia a la aguja roja del cronómetro que llega a 60 en la parte superior de la esfera. Sus expresiones me recuerdan de golpe ese firme macromanejo del tiempo que tenía cuando nadaba. La capacidad de ver imágenes fijas en cada décima de segundo.

Mientras miramos al equipo, Byron me señala a un nadador, un chico que hace unos virajes increíbles. Linda le corrige la brazada de espalda a una chica, explicándole que es el hombro el que guía el movimiento, no la mano, y recuerdo cuando yo misma recibía esa clase de atención; cuando había un trazo perfecto que alcanzar, férreos detalles de precisión técnica que, en los buenos días, me hacían sentir que el entrenamiento consistía en pulirme más que en desenredarme -que era lo que sentía la mayor parte del tiempo-. Lo que más me gustaba eran los ejercicios, porque podía sentir cada centímetro del agua y entender cómo unos pequeños ajustes contribuían a impulsar mi cuerpo con más eficiencia. Íbamos lentamente de un lado a otro de la piscina, haciendo ochos con las manos y las muñecas, o nadábamos de espalda apuntando al techo con una mano y esperando hasta que la otra la alcanzara. Me gustaba la idea de un cuerpo hidrodinámico,

los remolinos y las ondas, las repeticiones, el bordado de la natación.

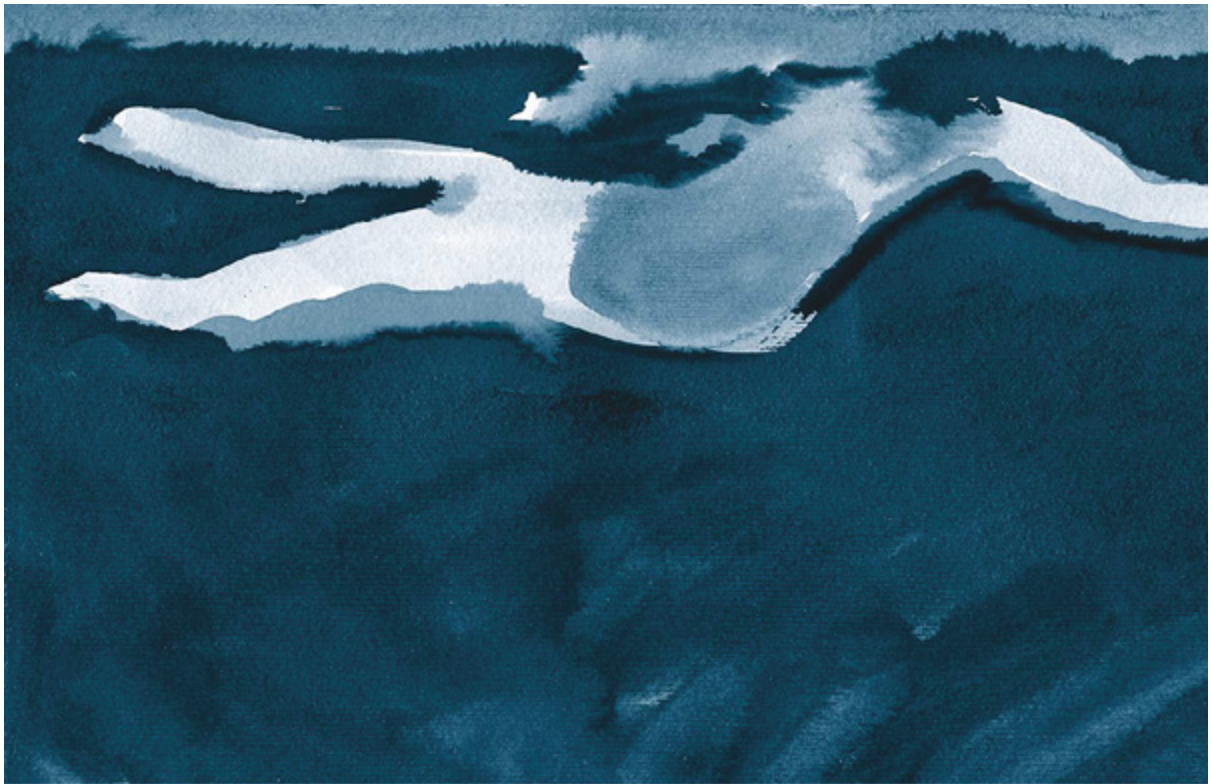
Byron me describe los cambios que atravesó la disciplina durante los últimos veinte años. Ilustra cada detalle -los trajes de baño tecnológicos, las plataformas, las reglas de salida en falso- con anécdotas salpicadas de datos triviales. Suministra apellidos y años, relata amargas historias de descalificaciones y derrotas, añade cotilleos, notas al pie y cobertura mediática con el estilo de un narrador nato. Le pregunto si nunca le hicieron bromas con su nombre y el de Lord Byron, el poeta que amaba el agua y nadaba en el Helesponto. Se ríe y me dice que no, que tal vez el único momento apropiado habría sido cuando compitió para Canadá en los Juegos Olímpicos de Múnich, en 1972.

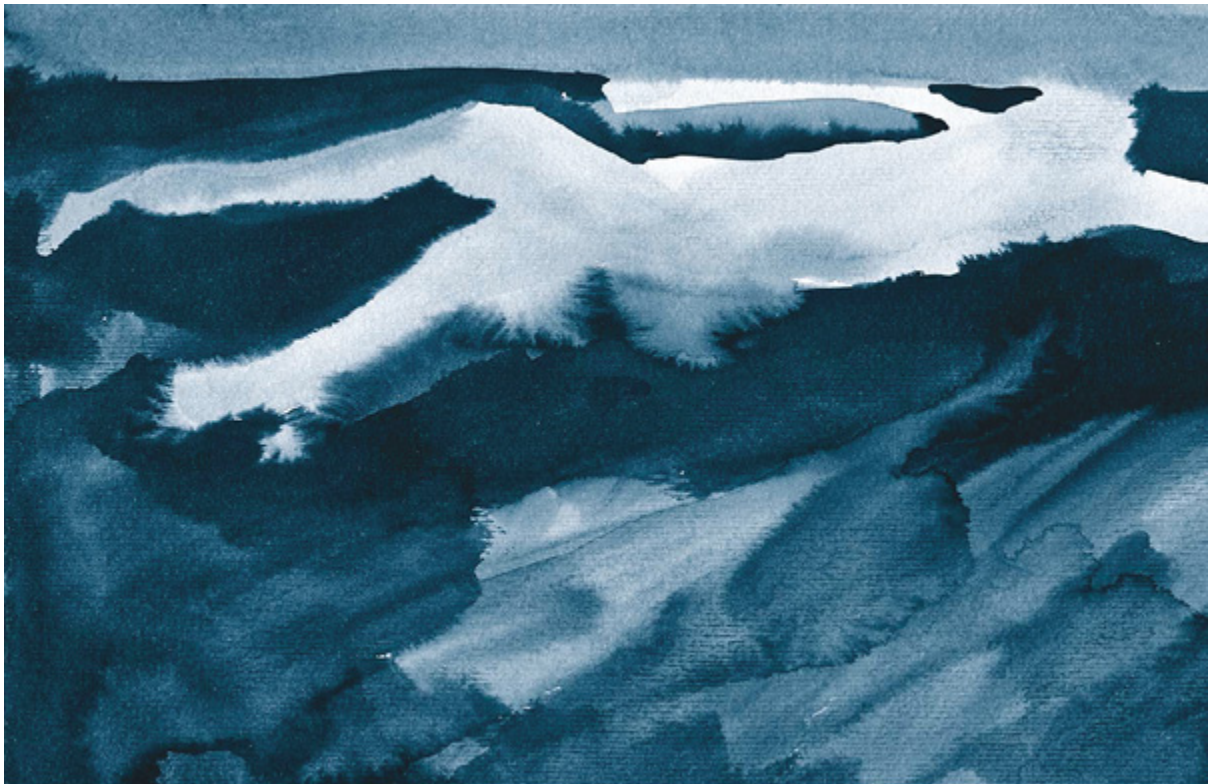
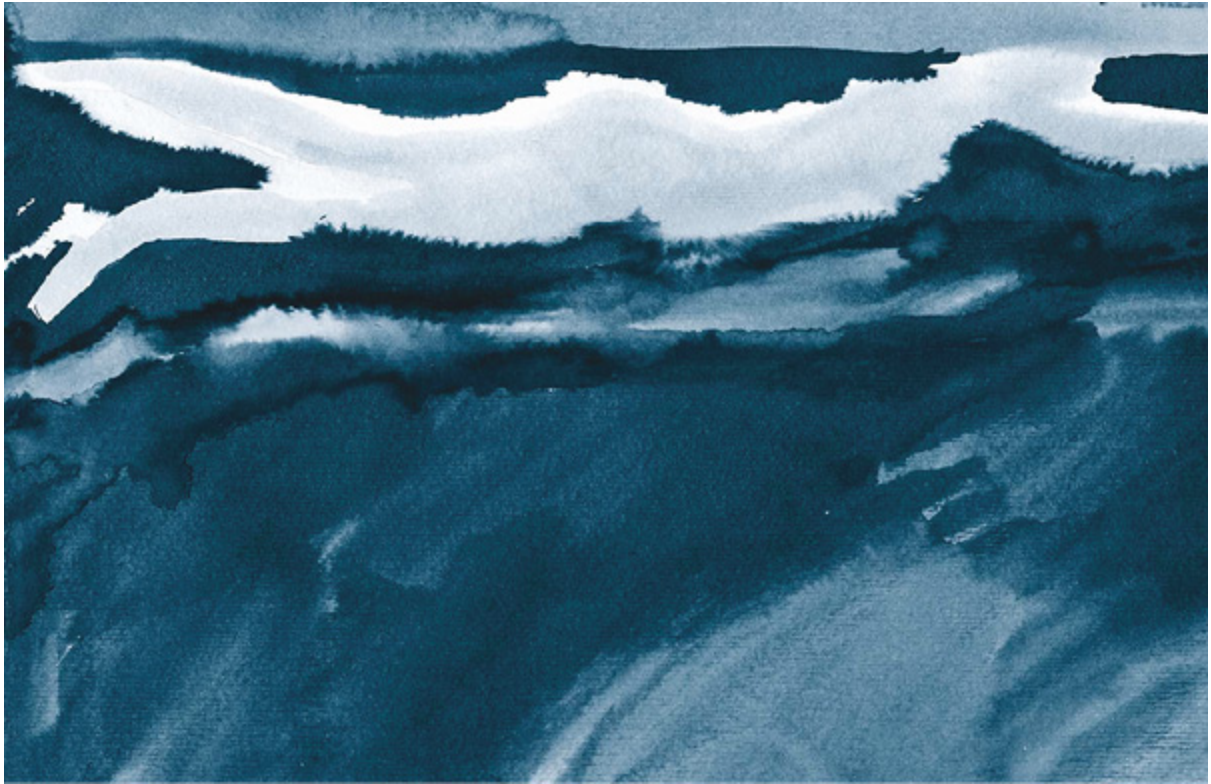
BOCETOS

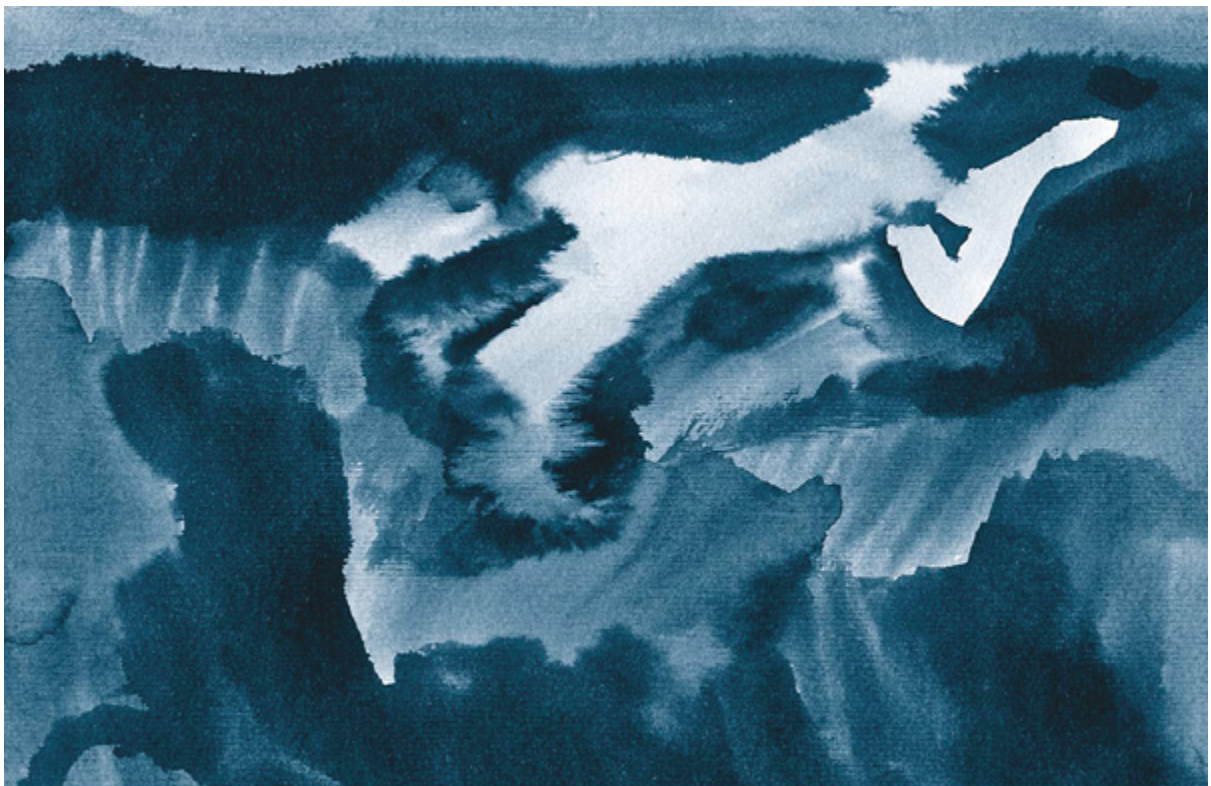


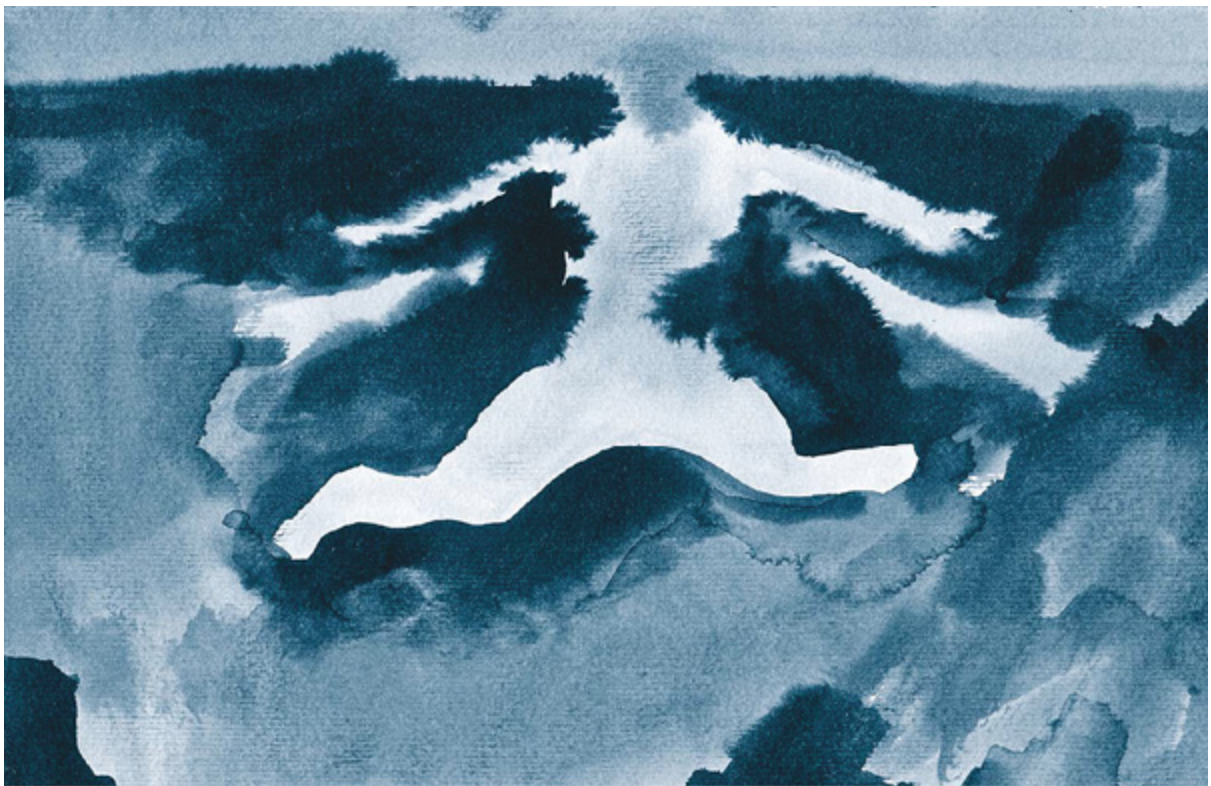


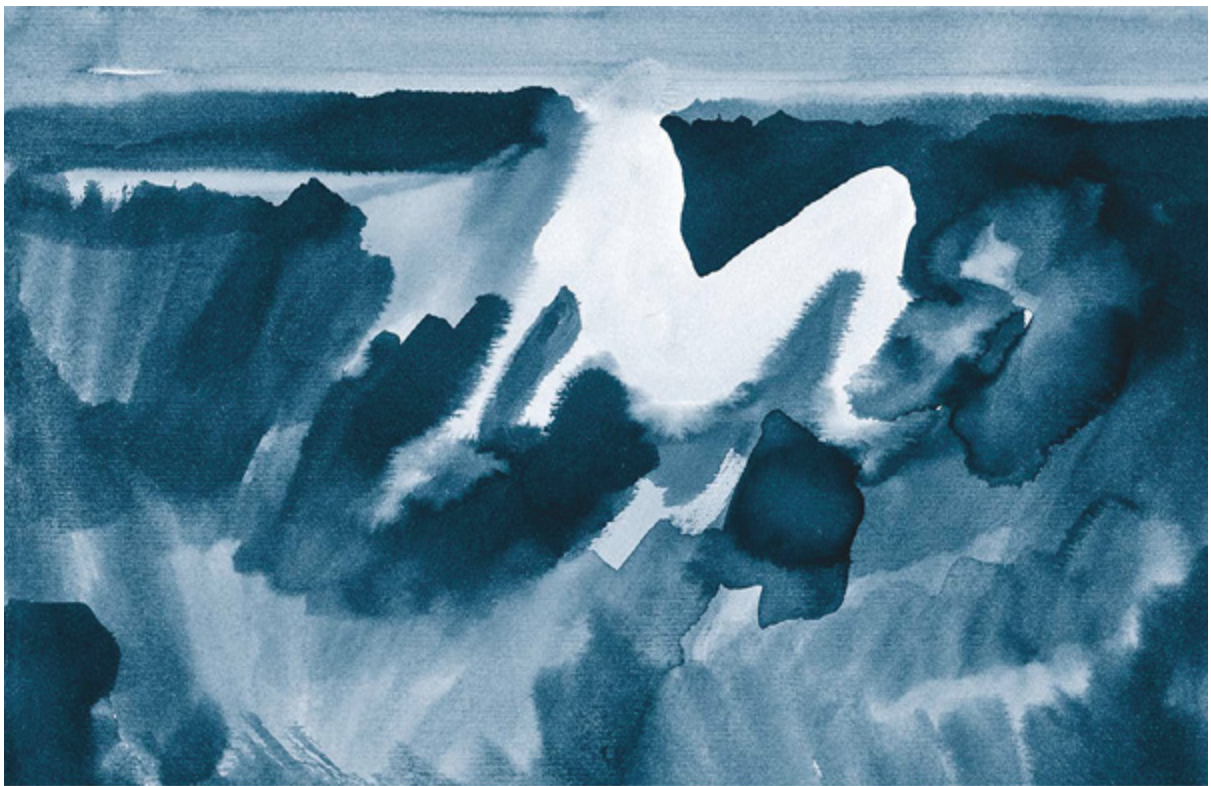




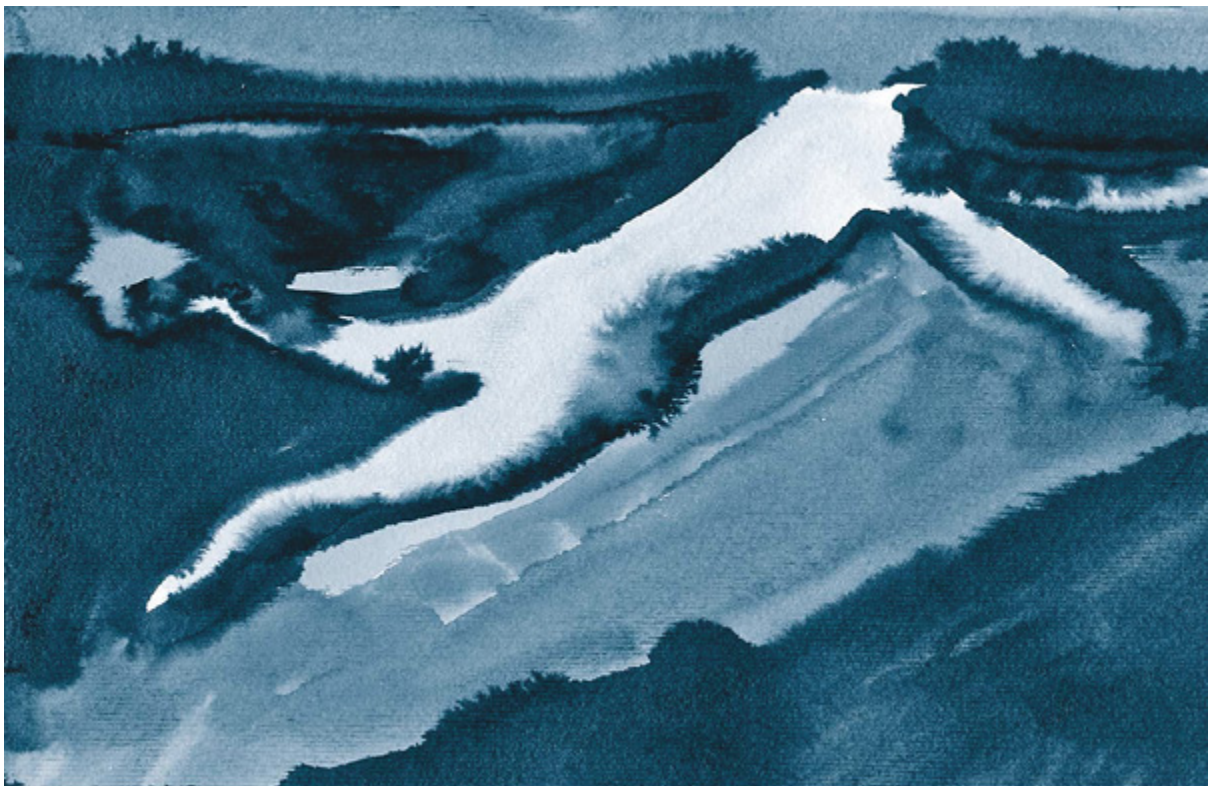
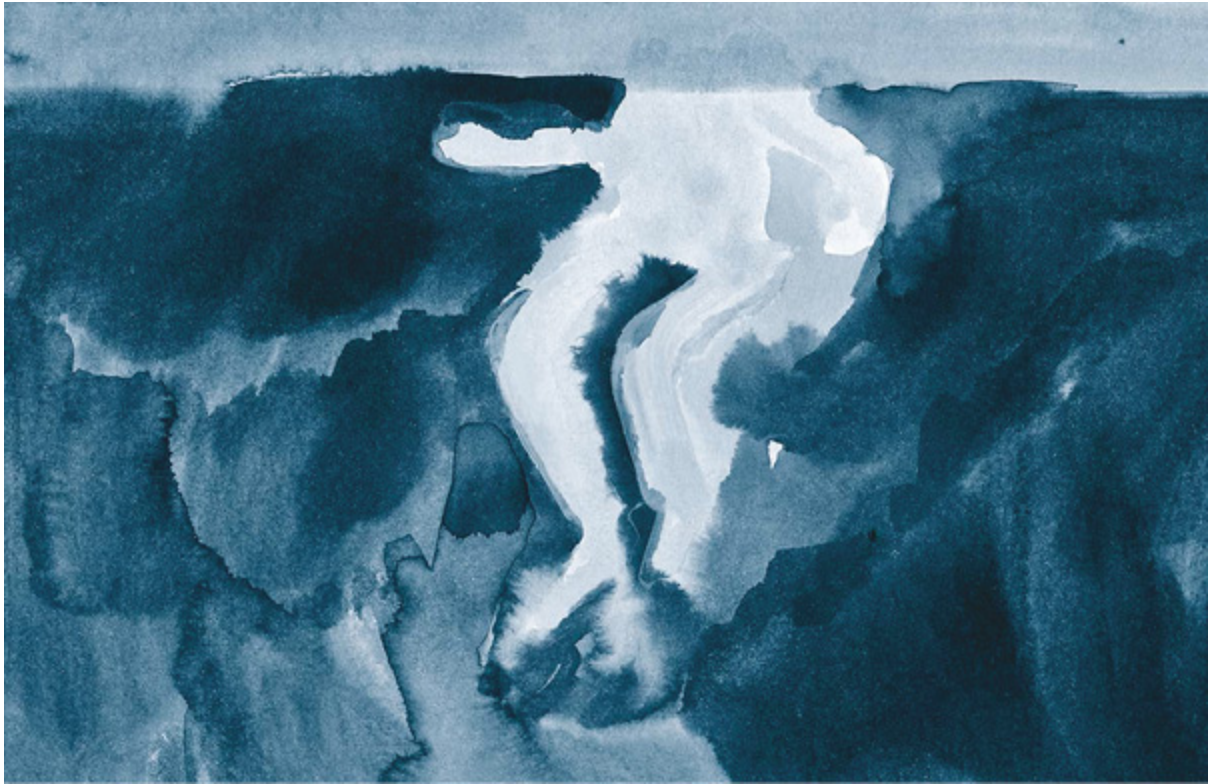


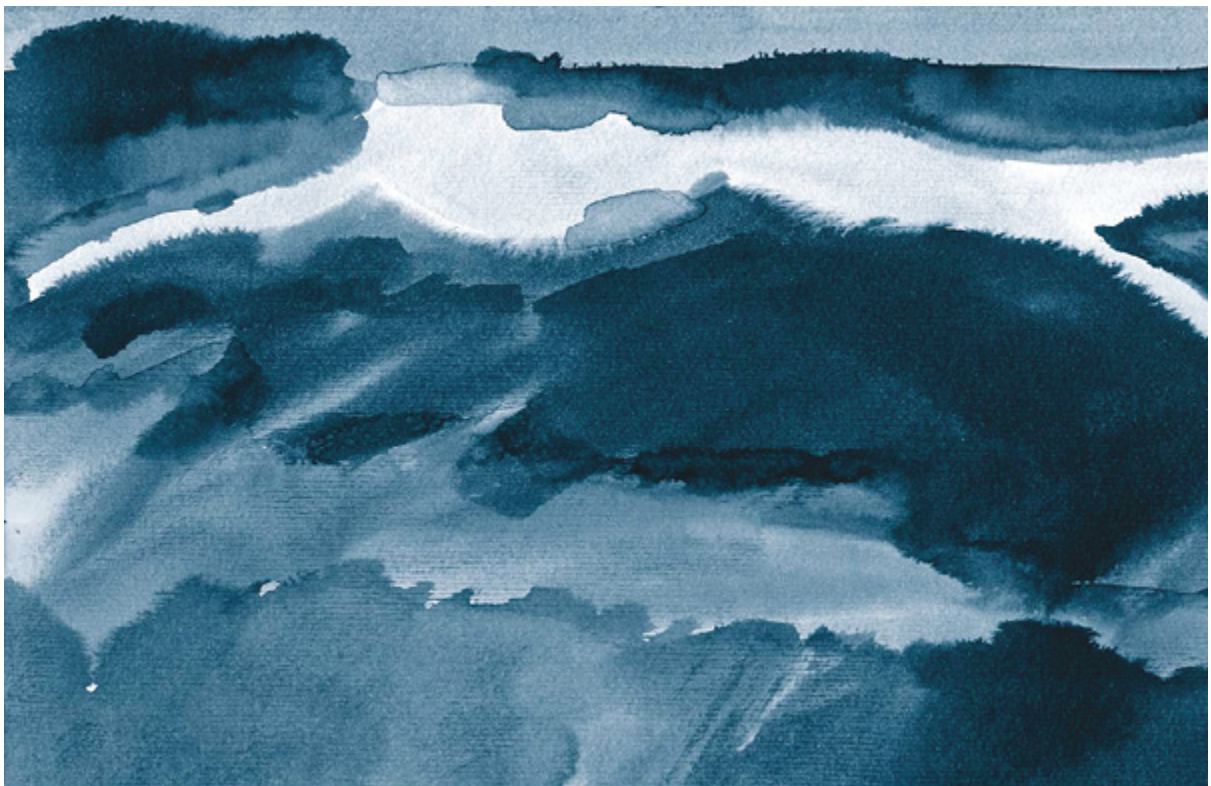


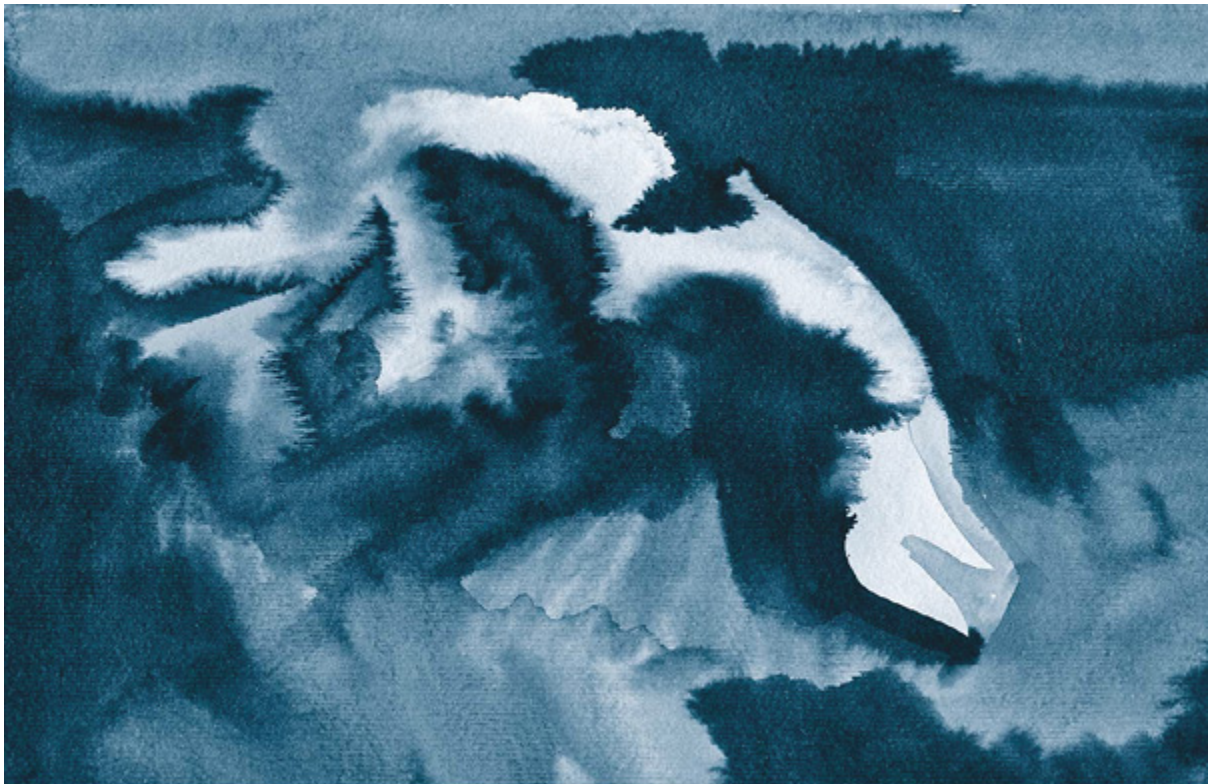
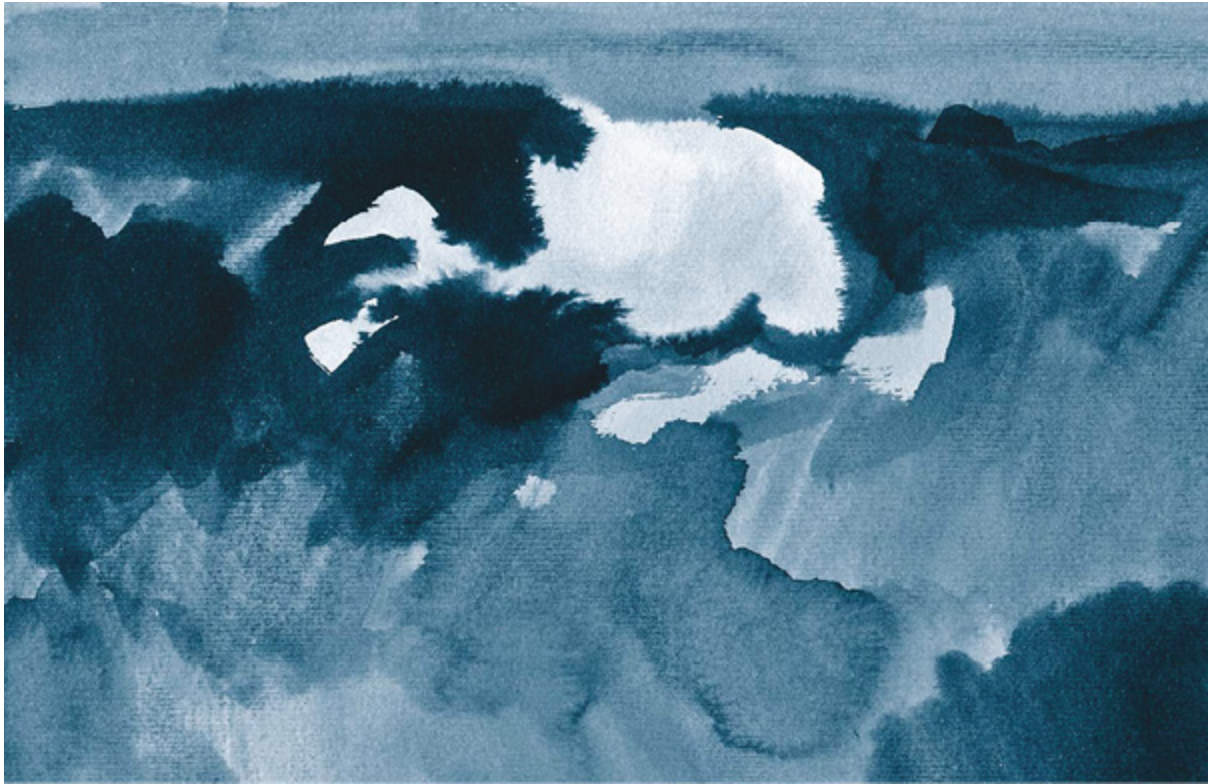














FINALES

Una tarde lluviosa de noviembre voy en mi Ford Focus alquilado hasta el Etobicoke Olympium para ver las finales de un encuentro nacional de natación.

La forma más sencilla de describir la natación competitiva –un universo aislado, pegajoso, casi secreto– es ofrecer un esbozo de cómo son las finales.

Me siento con Linda y Byron en lo alto de las gradas de madera. La cuadrícula de asientos tiene el mismo aspecto que hace veinte años: un caos, como si fueran los cajones abiertos de una cómoda gigante. Mochilas, toallas de colores chillones, nadadores húmedos, entrenadores transpirados, cronogramas, papeles y ropa. Y comida. Dos nadadores comen verduras crudas directamente de una caja de cartón. Un entrenador pela una naranja. Una chica se llena la boca de frutos secos mientras un chico abre un paquete de papel metalizado, corta una rebanada de budín de banana y chocolate con un cuchillo de plástico y la mastica, pensativo. Los bancos están cubiertos de envoltorios de barritas de cereales y botellas de agua vacías. Otro chico toma un batido de proteínas color marrón turbio, recién hecho; las cuchillas de la licuadora de mano le chorrean sobre los pies. Hay bebidas deportivas azules y verdes metidas en zapatillas encima de manuales de álgebra, iPads y iPods, camisetas. Camisetas *que hablan*. Tienen el tono y la testosterona de un tráiler de película de acción; fervoroso y motivador. Directamente frente a mí las camisetas de tres nadadores me aconsejan *MIRA LO*

INVISIBLE / SIENTE LO INTANGIBLE / LOGRA LO IMPOSIBLE; ENFRENTA EL DESAFÍO; SI QUIERES MEJORAR, INTENTA LO IMPOSIBLE. Más abajo, en las tribunas, un cuarto me asegura que *UN CAMPEÓN NUNCA ESTÁ SOLO EN EL PODIO.*

Es un encuentro de piscina larga, lo que significa que las carreras se hacen en cincuenta metros y no en veinticinco, que es el largo de la mayoría de las piscinas públicas de Canadá. A las competiciones en piscinas de veinticinco metros o veinticinco yardas se las denomina de piscina corta.

El calendario de la natación tiene dos temporadas. La de piscina corta, de septiembre a marzo, y la de piscina larga, de abril a agosto. Ambas terminan con encuentros nacionales como este, abierto a todas las edades, con eliminatorias por la mañana y finales por la tarde. Las marcas mínimas para clasificar son publicadas por Swimming Canada, el organismo rector nacional para la natación competitiva. Suelen ser las marcas del puesto número treinta y seis en cada uno de los eventos del campeonato nacional del año anterior.

Dado que estas marcas -provinciales, nacionales e internacionales- cambian de año a año, las metas de los nadadores son temporales y sus esfuerzos son internos más que de confrontación. El deporte es juzgado por un reloj indiferente.

Cuando nadaba siempre veía caras familiares en las competiciones, pero las conocía más por sus marcas -listadas en orden descendente con décimas y centésimas de segundos- que por sus nombres.

Así es el aspecto de una piscina equipada para un gran encuentro:

En los dos extremos de cada uno de los ocho carriles de una piscina larga hay una plataforma de salida. (Algunas piscinas olímpicas tienen diez carriles, pero para las carreras sólo se usan los ocho carriles centrales). Todas las carreras de más de cincuenta metros comienzan desde el mismo extremo. Las plataformas están provistas de un taco en ángulo donde los nadadores pueden apoyar un pie más arriba que el otro y así incrementar el empuje en el momento de la salida.

Cada plataforma tiene un altavoz individual que transmite de manera uniforme la bocina de salida y una luz que destella para los hipoacúsicos. (Como la luz se mueve más rápido que el sonido, algunos nadadores prefieren regirse por la luz).

Conectados a la plataforma hay dos botones sincronizados con la bocina de salida. Se usan como respaldo para los casos en los que el nadador, al llegar, no ejerza presión suficiente como para registrar el tiempo, o para cuando fallan las placas táctiles. Estas placas son encendidas y apagadas manualmente por dos de los tres oficiales que están de pie detrás de cada plataforma. El tercer oficial controla la carrera con un cronómetro de mano.

Los oficiales, que deben estar enteramente vestidos de blanco, son voluntarios: padres de nadadores, padres de exnadadores o incluso ellos mismos exnadadores. Durante una carrera, se da por hecho que el área que rodea cada plataforma es un lugar de concentración individual: una caja invisible llena de tensión. Aunque también estén los oficiales y los cronometristas, los nadadores los ignoran o los tratan con una mínima cortesía.

Dentro de la piscina, fijados a la pared en el extremo de cada carril, hay unos paneles amarillos atravesados verticalmente por una franja negra. Son las placas táctiles y se usan para medir con mayor precisión la llegada de cada nadador. Los carriles están delimitados por corcheras, una serie de discos de plástico flotantes dispuestos a lo